

QUINCE MINUTOS EN COMPAÑÍA DE JESÚS SACRAMENTADO

No es preciso, hijo mío, saber mucho para agradarme mucho; basta que me ames con fervor.

Háblame, pues, aquí sencillamente, como hablarías al más íntimo de tus amigos, como hablarías a tu madre, a tu hermano.

¿Necesitas hacerme en favor de alguien una súplica cualquiera? Dime su nombre, bien sea el de tus padres, bien el de tus hermanos y amigos; dime enseguida qué quisieras que hiciese Yo actualmente por ellos... Pide mucho, mucho; no vaciles en pedir; me gustan los corazones generosos que llegan a olvidarse, en cierto modo de sí mismos para atender a las necesidades ajenas. Háblame, sí, con sencillez, con llaneza, de los pobres a quienes quisieras consolar, de los enfermos a quienes ves padecer; de los extraviados que anhelas volver al buen camino; de los amigos ausentes que quisieras volver a ver otra vez a tu lado. Dime por todos una palabra siquiera, pero palabra de amigo, palabra decidida y fervorosa. Recuérdame que he prometido escuchar toda súplica que salga del corazón, y ¿no ha de salir del corazón el ruego que me dirijas por los seres que tu corazón más especialmente ama?

Y para ti, ¿no necesitas alguna gracia? Hazme, si quieres, una lista de tus necesidades, y ven, léela en mi Presencia.

Dime francamente que sientes soberbia, amor a la sensualidad y al regalo; que eres tal vez egoísta, inconstante, negligente...; y pídemelo luego que venga Yo en ayuda de los esfuerzos, pocos o muchos, que hagas tú para arrancarte de encima tales miserias.

No te avergüences ¡pobre alma! ¡Hay en el cielo tantos y tantos justos, tantos y tantos santos de primer orden que tuvieron esos mismos defectos! Rogaron con humildad... y poco a poco se vieron libres de ellos.

Ni menos vaciles en pedirme bienes espirituales y corporales: salud, memoria, éxito feliz en tus trabajos, negocios o estudios... Todo eso puedo darte, y lo doy, y deseo que me lo pidas en cuanto no se oponga, antes favorezca y ayude a tu santificación. Hoy por hoy, ¿qué necesitas? ¿Qué puedo hacer por tu bien? ¡Si conocieses los deseos que tengo de favorecerte!

¿Traes ahora mismo entre tus manos algún proyecto? Cuéntamelo minuciosamente. ¿Qué te preocupa? ¿Qué piensas? ¿Qué deseas? ¿Qué puedo hacer por tu hermano, por tu hermana, por tu amigo, por tu superior? ¿Qué desearías tú hacer por ellos?

Y por Mí, ¿No sientes deseos de mi gloria? ¿No quisieras poder hacer algún bien a tus prójimos, a tus amigos, a quienes amas tal vez mucho, y viven quizás olvidados de Mí?

Dime qué cosa llama hoy particularmente tu atención, qué anhelas más vivamente y con qué medios cuentas para conseguirlo. Dime si te sale mal tu empresa, y te diré Yo la causa del mal éxito. ¿No quisieras interesarme algo en tu favor?

Soy, hijo mío, dueño de los corazones, y dulcemente los llevo, sin perjuicio de su libertad, donde me place.

¿Sientes acaso tristeza o mal humor? Cuéntame, cuéntame, alma desconsolada, tus tristezas con todos sus pormenores. ¿Quién te hirió? ¿Quién lastimó tu amor propio? ¿Quién te ha menospreciado? Acércate a mi Corazón, que tiene bálsamo eficaz para todas estas heridas del tuyo. Cuéntamelo, y acabarás en breve por decirme que, a semejanza de Mí, todo lo perdonas, todo lo olvidas, y en pago, recibirás mi consoladora bendición.

¿Temes por ventura? ¿Sientes en tu alma, aquellas vagas melancolías, que no por ser injustificadas dejan de ser muy desgarradoras? Échate en brazos de mi Providencia. Contigo estoy; aquí a tu lado me tienes; todo lo veo, todo lo oigo; ni un momento te desamparo.

¿Sientes desvío de parte de personas que antes te quisieron bien y ahora olvidadas, se alejan de ti, sin que les hayas dado el menor motivo? Ruega, ruega por ellas; y Yo las devolveré a ti lado, si no han de ser

obstáculo a tu santificación.

¿Y no tienes, tal vez, alegría alguna que comunicarme? ¿Por qué no me haces partícipe de ellas, si soy tu mejor amigo? Cuéntame lo que desde ayer, desde la última visita que me hiciste, ha consolado y hecho sonreír tu corazón. Quizás has tenido agradables sorpresas, quizás has visto disipados negros recelos; quizá: has recibido faustas noticias, una carta, una muestra de cariño, has vencido una dificultad, salido de un trance apurado... Obra mía es todo esto, y Yo te lo he proporcionado, ¿por qué no has de manifestarme por ello tu gratitud, y decirme sencillamente como un hijo a su padre?: ¡Gracias, Padre mío, gracias! El agradecimiento trae consigo nuevos beneficios, porque al bienhechor le agrada verse correspondido.

¿Tampoco tienes promesa alguna que hacerme? Leo, ya lo sabes, en el fondo de tu corazón; a los hombres se les engaña; fácilmente, a Dios no; háblame pues con toda sinceridad.

¿Tienes firme resolución de no exponerte ya más a aquella ocasión de pecado?, ¿de privarte de aquel objeto que te dañó?, ¿de no leer más aquel libro que exaltó tu imaginación?, ¿de no tratar más con aquella persona que turbó la paz de tu alma?

¿Volverás a ser dulce, amable y condescendiente con aquella otra, a quien por haberte faltado, has mirado hasta hoy como a enemigo?

Ahora bien, hijo mío; vuelve a tus ocupaciones habituales, a tu taller, a tu familia, a tu estudio..., pero no olvides los quince minutos de grata conversación que hemos tenido aquí los dos tú y Yo, en la soledad del santuario. Guarda en lo que puedas silencio, modestia, recogimiento, resignación, caridad con el prójimo. Ama a mi madre, que lo es tuya también, la Virgen Santísima. Acude a Ella, ¿no sabes que la constituí Mediadora Maternal de todas las gracias?... y vuelve otra vez mañana con el corazón más amoroso todavía, más entregado a mi servicio. En el mi Corazón encontrarás cada día nuevo amor, nuevos beneficios, nuevos consuelos.